sis una narración rigurosamente histórica y cuando el Cardenal Cayetano expuso este pasaje de un modo alegórico excitó un grito universal en contra suya, no obstante que la Iglesia no reprobó su opinión.

La única razón que pudiera oponerse á esta narración seria su imposibilidad; pero esta no podrá alegarla sino el ateo, que niegue la existencia de un Dios omnipotente que si pudo sacarlo todo de la nada, no pudo hallar obstáculo en extraer del cuerpo del primer hombre una parte del mismo para crear á la primera mujer y completárselo después para que no quedara un sér imperfecto. A nosotros no toca demostrar ahora la posibilidad del milagro, razón por la que no nos ocuparemos de las dificultades que solo provienen de la llamada inverosimilitud de las narraciones milagrosas de la Biblia.

Solo nos detendremos á considerar la admirable disposición de la Providencia que de este modo quiso significar la estrecha unión que debe reinar entre los esposos, como no puede menos que confesarlo el mismo Voltaire. "Esta alegoría, como él llama á la historia de la creación de Eva, es una bella y patética lección de la inalterable concordia, que debe reinar en el matrimonio, y de que las almas de los esposos deben estar tan unidas como sus cuerpos" No nos queda sino añadir á estas palabras: si la alegoría es instructiva y una lección útil á los esposos ¿la realidad no será aún todavía más enérgica?

CAPITULO CUARTO.

UNIDAD ORIGINARIA DEL GENERO HUMANO.

De la narración de Moisés acerca de la creación del primer hombre y de la primera mujer síguese la unidad originaria del linaje humano. Este es un hecho fundamental en el cristianismo porque de él depende la universalidad del pecado original y la necesidad de la redención. Además este hecho está formalmente consignado en el libro de los actos de los Apóstoles cap. 27, v. 28 con estas palabras: Hizo Dios que de una pareja se propagase todo el género humano sobre la tierra."

La falsa ciencia, trató también en este punto de dar un mentís á la divina Escritura inventando el sistema llamado *poligenismo*, pretendiendo que no fué uno el origen del linaje humano ó sea que no todos los hombres descienden de Adán, sino que fueron criadas diversas parejas en diversos lugares de la tierra de donde proviene la variedad en el color, estatura, etc., que se advierte en los hombres. Adelantando un poco mas en sus teorías trató, apoyándose en esta misma variedad, de probar que no todos los hombres pertenecen á la misma especie, sino que las diversas razas de hombres que existen sobre la tierra, son otras tantas espe-

cies, tan distintas entre sí, cual la especie bovina de la ovina.

No siendo nuestro objeto demostrar la unidad tanto específica cuanto originaria del linaje humano, sino responder á las objeciones de la falsa ciencia contra esta verdad, que tan claramente consta en las Escrituras, vamos á ver si las diferencias que se observan entre los hombres exigen que ellos procedan de diverso orígen.

Para ello sería necesario que estas variedades que constituyen las diversas razas, no pudieran explicarse sino admitiendo diversos troncos ó centros de propagación del género humano. Pues bien, esta variedad tiene una explicación científica, que destruye completamente el poligenismo, pues hay dos razones, según los verdaderos sábios, que dan la razón de esta diversidad; 1.º la influencia del medio, 2.ª la herencia. Vamos á examinarlas:

I. Influencia del medio.

Entiéndese por medio el clima, el diverso grado de civilización y el método de vida, todos estos son factores de la diversidad de las razas humanas.

El clima. Por una admirable disposición de la Providencia, el hombre, que también en esto se distingue de los animales, puede habitar en toda la tierra; puede soportar la temperatura del Norte y la del Senegal, no obstante la enorme diferencia que existe entre una y otra. Sin embargo, por más que pueda avenirse á todos los climas, no por eso deja de sentir su influjo. "El hombre blanco en Europa, negro en Africa, rojo en América y amarillo en Asia no es sino el mismo hombre teñido del color del clima" dijo Buffon.

Por más que estas palabras parezcan un poco exageradas por atribuirse la diversidad del color á solo el influjo del clima, contienen una verdad perfectamente demostrada por la experiencia que nos muestra esa diversidad aún en los vegetales y animales que trasladados de un lugar á otro pueden soportar un clima distinto del suyo.

Así por ejemplo, las dahlias llevadas por primera vez de México á Europa, en el año de 1791, ya en 1834 habían cambiado de tal modo que parecían otra flor completamente distinta. El buey suizo trasportado á las llanuras de la Lombardía, después de dos generaciones se convierte en buey lombardo. En las regiones calidas de la América del Sur, los toros de Europa pierden su pelo y se convierten en calongos: pero sobre todo, en los perros es en los que más se advierten los cambios producidos por el clima.

El hombre, dice Quatrefages, (1) ha ido

(1) Art. Races, en el Dictionaire Encycl. des Seiences Medicales.

á vivir dentro del círculo polar y el perro lo ha seguido y se ha revestido del espeso pelage de los spitz; el hombre se ha internado en las regiones intertropicales con su compañero, y éste ha perdido todos sus pelos, dando orígen á la raza del perro de Guinea, impropiamente llamado perro turco. Y este cambio no solo fué exterior; el esqueleto también, así como el craneo ha sufrido notables alteraciones. Un profano en anatomía jamás podrá confundir el craneo del bull-dog con el del lebrel."

Esto mismo ha sucedido con el hombre. El francés emigrado al Canadá, después de algunas generaciones ha visto cambiado su color, su fisonomía y su cabellera. En los Estados Unidos el Anglo Sajón en poco más de dos siglos ha dado orígen al tipo bastante marcado y antipático del *yankee*. Los negros trasportados del Africa á los Estados Unidos á los pocos años empiezan á perder algo de su negrura.

Es verdad que en el hombre el cambio es mucho más lento que en los animales; pero la razón es muy obvia. El hombre tiene muchos modos de combatir la influencia del medio, como no lo tienen los animales. El Europeo que vá á colonizar el Africa no vá á vivir como los habitantes de aquella cálida región, sino que hace cuanto puede por vivir, alimentarse y cubrirse como solían hacerlo en su país natal, tratando así de contrarrestar la influencia del medio.

La civilización ó el género de vida. No es solo el clima, sino el estado social, el género de vida, las distintas ocupaciones, el alimento, etc., las que influyen notablemente en el físico del hombre como lo acabamos de insinuar. Todo el que haya viajado por la Arabia ó los paisés limítrofes habrá observado que los Arabes, que proceden incontestablemente del mismo orígen, habitan el mismo suelo y están sujetos á idéntico clima, son sin embargo muy distintos entre sí. Los Arabes nómadas del Hauran tienen formas esbeltas, la cara pequeña, la barba poco poblada, mientras que los Arabes sedentarios de las Ciudades son gruesos y robustos y tienen muy espesa la barba, no obstante que á la edad de diez y seis años no pueda apercibirse entre ellos diferiencia alguna. La esclavitud y la opresión deprimen mucho el aspecto exterior del hombre y lo acercan á la bestia. El trabajo en el campo con la cabeza expuesta á los rayos del sol hace engrosar el craneo y ensortija los cabellos. El alimento puramente vegetal oscurece el color de la piel. Hé aquí por consiguiente varias razones que explican la variedad exterior entre los hombres.

II. La herencia

Cuando la influencia del medio ha obrado de tal modo sobre el hombre que ha constituido una variedad ó raza especial, esta pue-

de y de hecho se trasmite por la herencia. Es esta una verdad palmaria atestiguada constantemente por la observación. Los ganaderos se aprovechan de ella para perpetuar estos caractéres entre los animales. En 1790, dice D'Azara, nació en el Paraguay un buey sin cuernos; al cabo de algunos años esta raza había invadido provincias enteras, y mientras que en Europa se ha multiplicado asombrosamente una raza análoga (la raza llamada Sarlabot,) en la República Argentina se ha procurado destruirla por ser difícil tomar con el lazo á los toros sin cuernos.

Los Anamitas tienen un nombre que los distingue como raza, el de Gias-Chi, que significa que el dedo grueso del pié está en dirección opuesta al segundo. Esta particularidad distingue al verdadero Anamita y se mantiene fija, no obstante que han pasado muchos siglos. Se ha observado también en cierto número de familias la persistencia de los sexdígitos ú hombres de seis dedos. Aun los mismos caractéres y disposiciones intelectuales y morales parecen trasmitirse por este medio; por ejemplo en la familia de Bach hubo treinta y cuatro músicos notables.

A multiplicar considerablemente estas razas han cooperado los matrimonios entre individuos de razas distintas una vez que estas estén bastantes bien definidas.

No hay por consiguiente variedad alguna

entre los hombres que no sea meramente accidental y que no pueda explicarse por algunos de estos medios. El color de la piel no es una señal específica, sino un mero accidente que depende de la secreción dérmica que es diferente en cada una de las razas. Malpighi fué el que descubrió la sede de la coloración del negro en el cuerpo mucoso interpuesto entre la dermis y la epidermis, llena de una substancia medio líquida llamada *pigruentum*, que tuvo orígen del clima y á cuya conservación ó perpetuación en las razas cooperan de consumo la influencia del medio y de la herencia.

Las diferencias específicas que se han pretendido fundar en el sistema cabelludo, el ángulo facial y el volúmen del cerebro, han sido abandonadas ahora por los mismos poligenistas, que no recurren actualmente para apoyar su teoría, sino á la diferiencia entre las lenguas y á la dificultad de poblar el Nuevo Mundo y la Oceanía.

Cuán débil sea el primero de estos recursos, no necesitamos demostrarlo, bástanos citar las palabras de uno de los más encarnizados enemigos de la Biblia, el impío Renan. "Del hecho que las lenguas que se hablan actualmente en la superficie del globo, sean absolutamente irreductibles, estamos autorizados á deducir algunas consecuencias etnográficas, á decir por ejemplo, que la especie humana ha aparecido simultáneamente en diversos puntos, que ha habido una ó

muchas apariciones de la especie humana? Hé aquí la cuestión sobre la que llamo vuestra atención. Pues bien, es necesario responder sin vacilación que no. De la división de lenguas en familias nada se puede concluir en favor de la división primitiva de la especie humana. ¿La especie humana proviene de una misma aparición ó de muchas apariciones? No tengo porque ocuparme de esta cuestión, que no es del resorte de la filología; lo que yo quiero probaros es precisamente lo contrario, que la filología nada nos enseña sobre este asunto." (1)

Es verdad que esta ciencia ha reducido todas las lenguas á dos grandes familias, la *aryana* y la *semítica* y por lo que hace á su formación en *monosilábicas* [las que están formadas de monosílabos separados entre sí, como el chino] *aglutinantes* [las que se componen de monosílabos juxtapuestos sin alteración, como el turco] y las *flexionales* [que alteran los elementos para formar la palabra, por ejemplo en vez de he-de-amar decimos amaré, á este género pertenecen las actuales]; pero aunque no se pueda demostrar científicamente el orígen común de estas tres clases de lenguas, el don de la palabra particular y exclusivo del hombre, puede mirarse como una prueba decisiva del parentesco de todos los hombres.

---

[1] E. Renan Des services rendus aux sciences historiques par la philologie Revue politique literaire 16 de Marzo de 1878, pág., 864.

Desalojados de todos los demás reductos, los poligenistas se han parapetado á fin de negar por lo menos la unidad de orígen, ya que no la de especie, tras de la más antigua de las objeciones sobre este asunto: la existencia de razas autóctonas ó sea de razas que aparecieron en el punto del globo que habitan y no llegaron allá por emigraciones de un centro común. Para fundar este aserto han recurrido á la imposibilidad de que los hombres del antiguo mundo fueran ó pudieran atravesar el oceano, y arribaran á la América y Oceanía.

Desde luego observemos que las tradiciones de los pueblos Americanos contradicen la existencia de las razas autóctonas. Cuando Hernan Cortés invadió á México, sus habitantes lo acogieron como si desde mucho tiempo antes lo esperaran. Moctezuma sabía que la tradición les anunciaba la vuelta de hombres blancos barbudos é industriosos que habiendo visitado estas comarcas hacía muchos siglos habían prometido volver. En otro tiempo Quetzalcoalt había desembarcado en las riberas del río Tampico, viniendo del oriente, y enseñó al pueblo mexicano el arte de trabajar los metales y grabar la piedra y luego se volvió con sus compañeros. Votan desempeñó la misma misión entre los mayas, sometió á todas las tribus de la América Central é impúsoles sus leyes. Estos mismos pueblos llegaron al lugar que ocupaban después de muchas peregrinaciones, reconociendo en el norte el lu-

gar de su orígen hasta donde alcanzaban sus tradiciones. Los habitantes de Yucatan creían que sus primogenitores habían llegado del este por el mar.

Pero siempre queda en pie la dificultad, parece que nos replicarán ¿cómo los descendientes de Adán ó de Noe pudieron llegar á la América?

No negamos que en esos tiempos presentara graves dificultades la travesía de los Oceanos Atlántico y Pacífico; pero si negamos que estas dificultades la hicieran absolutamente imposible. En efecto, dice Nadaillac [1] testimonios concordes y dignos de toda fé, hechos estudiados concienzudamente prueban hasta la evidencia que no pocos aventureros habían precedido á Cristobal Colón en el suelo americano. Las comunicaciones han sido siempre fáciles entre el Asia y la extremidad norte de la América, separadas solamente por el estrecho de Behring. De la costa de Africa á la del Brasil no hay sino 500 leguas; de la Irlanda al Labrador no es mucho más grande la distancia: la Noruega y la Islandia no están separadas de la Groenlandia sino por 260 leguas.

Los accidentes de la navegación han arrojado en todo tiempo sobre el litoral americano á hombres de todos países.

Chinos, Fenicios, Egipcios, Indianos, Siberianos, Celtas, Escandinavos. El conocido historiador Norte-americano Mr. Brancroft, refiere que desde 1852, es decir, desde la completa colonización de la California por la raza blanca hasta 1875 han abordado á sus costas 28 navíos asiáticos de los que solo 12 estaban vacíos. Lo que ha sucedido en los últimos años, ha debido acaecer en todo tiempo, pues la corriente fría que sale del Oceano Artico por el estrecho de Behing arrastra consigo hacia las costas del Nuevo Mundo, todas las embarcaciones estraviadas en el Oceano Pacífico."

(1) Les premiers hommes Tom. II, pag. 101.

Con relación á los Chinos, sus antiguos anales hablan de un gran continente situado á 20,000 *li* al este, llamado Fou-Sang, que según los sinólogos es la América. Las corrientes marinas, particularmente el Kuro-Chiwo, la corriente negra del Japón, debieron arrojar, como sucede ahora sobre la costa de América á los navegantes del Celeste Imperio. De 1872 á 1876, 49 juncos chinos fueron arrastrados por estas corrientes á través del Pacífico; 19 abordaron á las islas Alucianas, 10 al litoral de la península de Alaska, 3 á las de los Estados Unidos y 2 á las islas Sandwich. Concluyamos, pues con Nadaillác. Por más que estemos reducidos á recurrir á varias hipótesis para explicar las relaciones del Antiguo y del Nuevo Mundo, podemos sin embargo afirmar que estas relaciones han existido, y que la América ha sido sucesivamente poblada por razas muy distintas, cuyo origen á fuerza de estudio no tardaremos en encontrar.